



RAFAEL SÁNCHEZ SAÚS¹

Director del Congreso Católicos y
Vida Pública.

Queridos Presidente y Vicepresidente, Monseñor Auza y querido Don Fidel, quiero que mis primeras palabras sean de saludo y un saludo especial a quienes siguen este Congreso no presencialmente, desde cualquier parte de España o del mundo, en función de las circunstancias que atravesamos.

Hace ya veintidós años, el entonces Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, el recordado y llorado Alfonso Coronel de Palma, decidió lanzar la iniciativa que dio en llamarse Congreso Católicos y Vida Pública. Ello suponía el regreso de la Asociación con el músculo que le proporcionaba el apoyo del CEU al terreno que justificó su existencia en los primeros años del siglo XX: el de la reflexión y el debate sobre los problemas que, en cada momento, suscitan el interés de la sociedad y de la Iglesia para, posteriormente, arrojarse a la acción apostólica con el suficiente conocimiento, con propuestas dignas del nombre de católicas y con los aliados que en la dinámica social e incluso política demandan en cada momento de la vida de España.

Desde hace veintidós años, el Congreso que hoy se inaugura se ha convertido en el principal punto de encuentro de los católicos españoles. Un instrumento que nos permite conocernos mejor, comprender el mundo que nos rodea y salir a él con renovado espíritu apostólico para restaurar todas las cosas en Cristo. Pero los Congresos han sido también —y deben seguir siéndolo, a pesar de las circunstancias adversas que atravesamos— un lugar privilegiado para el testimonio, un laboratorio de ideas para

¹ Transcrito por audición.

hacer presente en el mundo la existencia y la fuerza de la verdad, el bien y la belleza. ¿Son hacederos esos objetivos o debemos considerarlos meros ideales, hermosos, pero irrealizables, en el mundo que nos ha tocado vivir?

La pandemia que nos castiga sin apenas tregua desde hace meses, entre tantos terribles efectos, ha provocado también la súbita constatación de la fragilidad de los presupuestos sobre lo que esta sociedad ha construido su presente. Uno de ellos es el ocaso de la idea de un Dios providente, la pretensión —medio satánica, medio infantil— de la total autonomía del hombre en la construcción no ya solo de su destino, también de su identidad, y hasta de su propio cuerpo.

La pandemia ha servido también para que los poderes públicos en muchas partes del mundo —y no podía ser menos en España— hayan mostrado, con toda claridad, su voluntad de hacer desaparecer a Cristo de nuestra cultura, de la vida y de la muerte de las personas aterrorizadas por la enfermedad y, quizá más aún, por las consecuencias de la pérdida o difuminación de cualquier horizonte sobrenatural, tanto a nivel individual como social. Los falsos dioses de ateos y paganos no sirven en tiempos de calamidad.

Los católicos debemos vernos especialmente sacudidos por estos fenómenos, que vienen preparando desde hace tanto tiempo la muerte de Dios y que solo desembocan en la destrucción del hombre. Se hace precisa la renovación de nuestro propósito evangelizador y ahí es donde el Congreso Católicos y Vida Pública debe ganarse la razón de existir, haciendo posible, a través del rigor y profundidad de debates y planteamientos, que la propuesta cristiana brille con todo su extraordinario poder.

Hace justamente un año, tenía ocasión yo mismo de decir que para ello es necesario que los católicos seamos capaces de identificar con lucidez los obstáculos que se nos oponen en el cumplimiento de nuestra misión, la cual no puede ser otra que la construcción del Reino, a la que nos urge el amor de Cristo, y, del mismo modo, tener la generosidad y la amplitud de miras que nos permitan descubrir en cada momento a los aliados que puedan contribuir a que el mensaje cristiano permee en la sociedad y llegue al mayor número posible de personas. No podemos cerrarnos a nadie en virtud de prejuicios ni mucho menos por afán de complacer las exigencias de lo políticamente correcto.

El tema que este año nos ocupa es quizá aquel en el que se manifiestan, de forma más palpable, los efectos de las ideologías relativistas y nihilistas. Frente a todo el conjunto de ideas y prácticas tendentes a mercantilizar y disolver el valor de la vida humana, se levantó con fuerza

profética San Juan Pablo II en su encíclica *Evangelium vitae*, publicada el 25 de marzo, día de la Encarnación del Señor, sobre su carácter inviolable e indisponible de la vida. Texto no solo vigente, sino de acuciante actualidad, cuyos principios han sido revalidados en todo momento por sus sucesores en el pontificado.

En este terreno, en el que las diversas ideologías ceden ante interpretaciones cada vez más deshumanizadoras, los católicos poseemos una base firme y segura que nos permite mantener una postura coherente ante los más diversos problemas.

En octubre de 2019, ante la amenaza cierta de iniciativas legislativas en pro de la legalización de la eutanasia en España y la previsión de que el Gobierno de Pedro Sánchez pudiera estar preparando otras semejantes en otras cuestiones relacionadas con el derecho fundamental a la vida, la Asamblea General de la Asociación Católica de Propagandistas eligió como tema del curso 2019-2020 su cuidado, promoción y defensa. En diciembre, la Comisión Ejecutiva del Congreso decidió hacer suyo dicho tema.

Hoy, tras la experiencia sufrida en estos últimos meses, nos parece providencial que se nos inspirara, pues ciertamente cualquier otro parecería hoy menor y de corto alcance.

Un Congreso de Católicos y Vida Pública, que quiere responder al enorme reto que una elección así supone, tiene necesariamente que intentar abarcar todas las complejas realidades que en nuestra sociedad se presentan relacionadas entre sí, a partir de la visión antropológica que el cristianismo. Pero, más allá de eso, esas diversas realidades también aparecen unidas por el sello de la controversia social en la medida en que el nítido mensaje cristiano sobre ellas es desfigurado o, simplemente, negado.

La vida humana, en función de su valor único e indiscutible, debe ser protegida en todas sus etapas desde el momento de la concepción hasta la muerte natural, como recordaba el Papa Benedicto XVI en su célebre discurso de 30 de marzo de 2006, en el que fijó los tres principios no negociables que deben inspirar toda la presencia pública de la Iglesia.

Ese valor se expande pues desde los comienzos a las fases finales de la vida, pasando por los derechos de la familia, institución llamada a generarla y preservarla, y, desde otra perspectiva, alcanza al juicio que debemos hacernos sobre la catástrofe demográfica a la que Occidente parece abocado.

Todas estas cuestiones y otras vinculadas a ellas que aparecerán a lo largo de los encuentros y debates del Congreso encontrarán acogida en los talleres, mesas redondas y conferencias plenarios que lo articularán.

Finalizo ya, recordando el carácter exclusivamente online que, en virtud de las circunstancias, hemos tenido que imprimir a esta vigesimosegunda edición del Congreso Católicos y Vida Pública. Allí donde estén cada uno de ustedes construirá este año el Congreso. Su presencia nos es tan querida e imprescindible como si estuvieran aquí, en el Aula Magna de la Universidad CEU San Pablo de Madrid.

Les deseo un Congreso muy provechoso y les recuerdo que defender la vida, con pandemia o sin ella, es la gran tarea de nuestro tiempo.

Muchísimas gracias.